

JOSÉ CARLOS
SOMOZA

LA
CUARTA
SEÑAL

Bienvenido a un mundo donde nada es real

MI

JOSÉ CARLOS SOMOZA

La cuarta señal

minotauro

Acabará teniéndose al hombre por una mera comunidad
de ciudadanos múltiples, independientes y heterogéneos.

Strange case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde
R. L. STEVENSON

Puedes encontrar más información sobre
La cuarta señal aquí:



Esta es, ante todo, una historia de amor donde los personajes son reales a ratos, dependiendo del estado de la conexión a Internet.

También es, incidentalmente, la crónica de los Cuatro Días Más Importantes de Todos.

Podría comenzar con el terror desatado en un zoológico en las afueras de París; o, retrocediendo al siglo XVII, con lo que el vástago de una familia de músicos alemanes supo el día en que perdió a su padre; o, si prefieres algo más exótico, a dieciocho millones de kilómetros de la Tierra, fuera del Sistema Solar, en una sonda espacial.

Todos ellos serían buenos comienzos.

Pero creo que empezaré con una madre soltera en paro que buscaba trabajo.

Por una razón: ella es la más importante de los Cuatro Días Más Importantes.

Al menos para mí.

DÍA 1
(Miércoles)

ADVERTENCIA

Estás a punto de dar tu primer paso en ÓRGANO™.
Algunas cosas que vas experimentar te parecerán muy extrañas.
Es posible, incluso, que llegues a asustarte.
Pero sigue adelante, y pronto te acostumbrarás.
Si tienes alguna duda, puedes consultar estas instrucciones.

Pulsa [aquí](#) para continuar.

0:02 h

María

1

¿DESCARGAR ÓRGANO™?
SÍ / NO

María situó el cursor sobre el «SÍ» pero no lo pulsó. Seguía titubeando. Llevaba todo el día sumida en la incertidumbre, pero solo poco después de la medianoche que daba comienzo a aquel miércoles, tras acostar a su hija, halló por fin el tiempo necesario para sentarse ante el portátil y dar rienda suelta a las dudas.

«Sí»: la respuesta se adivinaba clara y segura. Miles de millones de personas en todo el mundo habían descargado ÓRGANO en sus ordenadores, o adquirido sus consolas oficiales fijas o portátiles, sin que les ocurriese nada malo. Y ni siquiera parecía el típico caso de «come-mierda-millones-de-moscas-no-pueden-equivo-carse». María sabía que el mundo virtual ÓRGANO era una pasada, y eso era quedarse corto. Vale, había infinidad de leyendas urbanas sobre sus peligros y terrores, pero también las había sobre la Coca-Cola, las hamburguesas de McDonald's, los teléfonos móviles y el sexo con condones. Seamos objetivos: no tenía nada que temer. Ella era una persona corriente, y disfrutaría como tal. Además, el hombre con quien había hablado aquella mañana, el señor Rocassari, tenía razón: necesitaba hacerlo. Escogería un personaje ya creado, recién salido del cascarón, y entraría. Por favor, claro que sí. ¿Qué le asustaba tanto de aquel mundo? ¿El recuerdo de Rafa Helguera?

Era cierto que su ex había trabajado como fotógrafo para *Mirror Body-ÓRGANO*, y tan solo ese hecho la había mantenido alejada de lo virtual durante mucho tiempo. Sin embargo, el cabrón de Rafa llevaba muerto diez años y ya era hora de que su memoria lo enterrase. Las cosas del pasado pertenecen al pasado.

Pero hay algo más, ¿verdad, Mari? Tienes uno de tus malos presentimientos.

El cursor seguía parpadeando burlón sobre el «SÍ». *Va, a la mierda.* Pulsó el botón izquierdo del ratón.

Se oyó un zumbido y la pantalla pasó a mostrar una barra plateada creciendo con lentitud en el centro de un recuadro blanco. *1 % Descargado...*

Mientras esperaba observó con aprensión la diadema blanca que reposaba en su escritorio. Era un objeto que había pasado a formar parte de la cultura popular, como cualquier otro accesorio tecnológico. Pero *aquella* diadema en concreto la inquietaba más que ninguna. Sentía escalofríos cuando recordaba cómo la había encontrado.

Había sido ese hallazgo lo que había originado todo.

Y en realidad lo que ella buscaba no era ninguna diadema sino la maldita pinza del pelo de su hija. La semana anterior Belén se había quejado de haber perdido la que tenía forma de camaleón, que figuraba entre sus favoritas. Por alguna razón, a Belén le gustaban los camaleones de todas clases: tenía camisetas con camaleones, sábanas con camaleones, camaleones dibujados científicamente en la pared y camaleones infantiles en cuentos que ya no leía, todos con sus ojos dispares e insólitas caras. Este en concreto era de plástico marrón, con un ganchillo en el reverso para pinzar su largo cabello castaño. María indagó con desgana, pero no halló nada en su pulcra habitación, y en el colegio le dijeron que no había aparecido ningún bicho así, fuese sujetador de pelo o no. Por fin, el lunes se le había ocurrido explorar su

mochila al regreso de clase. El motivo por el que una pinza del pelo debía aparecer en la mochila escolar de Belén se le escapaba. Pero allí la encontró.

Y junto a ella, la diadema.

—Belén.

—Qué.

—Qué es esto.

María miraba a su hija con enorme preocupación sosteniendo la diadema frente a ella como si fuese a ceñírsela a una emperatriz.

—Una de esas cosas de ÓRGANO —repuso Belén igual de seria.

—Una diadema para conectarte a ÓRGANO —dijo María lentamente—. Sabes que el mundo virtual ÓRGANO no es para niños, ¿verdad? Lo hemos hablado muchas veces.

—Pero yo no me he conectado —se quejó Belén—. Me la han dado en el colegio.

María se mordió el labio.

—Quién.

—Las dan los chicos mayores. La guardé en la mochila. No hice nada, mamá.

Belén era una niña sincera, pero tenía once años y su niñez no duraría para siempre. ¿Pasaría igual con su sinceridad? María decidió creerla. Se agachó frente a ella y le acarició el pelo, buscando una sonrisa que no halló.

—Escucha, sé que hay compañeros en tu clase que entran en ÓRGANO. En mis tiempos los había que fumaban y bebían alcohol. Pero eso está mal, Belén.

—Lo sé.

María le sonrió y puso en su mano la pinza del pelo.

—Muy bien, cielo. Anda, toma tu camaleón. Y ve a hacer las tareas.

Fingió olvidar el asunto, pero no lo hizo. Al día siguiente, martes, antes de comenzar su tortuoso recorrido en busca de empleo y tras dejar a Belén en la entrada del colegio, bajó del coche

y se dirigió a secretaría. Por supuesto, no había nadie: la mayor parte de los turnos se realizaban de forma virtual. Pero tenía que haber alguien en real, aparte del profesorado. Lo halló en un pequeño despacho contiguo. Un muchacho fornido conectado parcialmente (sin diadema) seguía las noticias en la versión para ÓRGANO de *El País*. María atisbó algunos titulares. Wikileaks filtraba más documentos sobre el intento por parte de la CIA de controlar ÓRGANO. Debido a ello, la manifestación mundial de protesta del jueves se esperaba nutrida. La tragedia del zoológico de París había sido un accidente. La NASA confirmaba que la pérdida de la sonda *Voyager*...

María sacó la diadema del bolso y la puso en la mesa.

—Mi hija dice que le dieron esto aquí.

—Pues puede ser. —El muchacho miró la diadema y encogió los anchos hombros. Acento vasco—. Se la darían los mayores.

—Pero eso no es bueno, ¿no? Es una niña. Tiene solo once años...

—Señora, ¿cómo lo evita usted? ¿Qué les pone? ¿Vigilantes jurados a cada crío?

—Puede conseguirla en cualquier parte —apoyó una mujer de voz y rostro predominantemente nasales que acababa de entrar, quizá la jefa—. Ya las regalan en supermercados. Pero tranquila, en ÓRGANO hay que verificar la edad al acceder, así que...

Así que ninguno de vosotros tiene una hija de once años que puede estar jugando a escondidas. María intentó hablar con calma.

—Lo menos que una espera cuando lleva a su hija al colegio es que esté segura.

El chico frunció el ceño pero la mujer le dirigió una réplica suave.

—Señora, ÓRGANO es como la electricidad. Hay que ser precavidos, pero todo el mundo acaba usándolo, tarde o temprano. Tengo hijos y lo sé.

—Seguro que no vienen a este colegio —soltó María y dio media vuelta. El chico la detuvo.

—Se le olvida esto. —Sostenía la diadema.

El objeto fue asomando sus cuernecillos de plástico por el bolso abierto durante el trayecto hasta la primera entrevista. María lo miraba de hito en hito mientras conducía por las calles desiertas de Madrid. Se preguntaba cuánto tiempo podría mantener a Belén en aquella arcaica burbuja de cristal. El mundo había cambiado, ¿por qué no se convencía? Teléfonos sin cables, libros sin papel, cartas sin carteros, películas sin salas de cine. Y ahora, con ÓRGANO, realidad sin realidad. ¿Por qué no lo aceptaba?

Sin embargo, mientras Belén fuese menor ella consideraba necesario que la burbuja no tuviera grietas.

La primera entrevista era en un domicilio particular de Arturo Soria. María procuró calmarse y se preparó para lo que le esperaba.

La oferta —cuidar de una anciana con demencia senil turnándose con otras dos chicas— se vino abajo cuando pidió permiso a la hija de la anciana para llevar a Belén las noches en que le tocara guardia. Belén era mayorcita, pero no tanto como para quedarse sola por las noches. La mujer, que se limaba las uñas, hizo un mohín de disgusto. Lo sentía, pero en casa de su madre solo entrarían las cuidadoras. A María no le importó demasiado: su propio padre tenía alzhéimer y estaba ingresado en una residencia, así que la idea de cuidar a otro anciano con la misma enfermedad no le atraía en absoluto.

Una secretaria sudamericana conectada parcialmente a ÓRGANO la recibió en la décima planta de un acristalado edificio de Cuzco para la segunda entrevista, le indicó que esperase en un despacho y siguió con la pantalla. En el despacho había un escritorio, un portátil de Apple y una consola fija Super-Kraft con su correspondiente diadema. Adosado a la pared un sofá amarillo, largo como un diván. Sobre el escritorio, un nombre en un listón de caoba: SR. ROCASSARI.

El propietario de tal nombre se hacía esperar. María pasó el tiempo atusándose el pelo y respirando hondo, pero, sobre todo,

contemplando el sofá, que atraía sus ojos como un fuego a un par de mariposas.

El sofá se convirtió de improviso en el Sofá Amarillo.

Debemos indicar aquí que María construía corazonadas. Probablemente todo el mundo cree en ellas, pero María las construía de manera voluntaria, casi artística. Comenzaba con algo que le gustaba o atraía especialmente: el vuelo de un pájaro, el color de un vestido, un perfume de hombre, una flor, un número (siempre el «30»). Lo que hacía era divinizar su percepción y rezarle con frases que pronto formaban un mantra. *Me vas a ayudar, Sofá Amarillo. Ayúdame a conseguir este empleo, por favor, Sofá Amarillo. Hazlo por Belén.* Estadísticamente, su hábito surtía efecto en uno de cada millón de casos (qué frustración cuando le gustó la forma en que estaba escrito un 30, y el Gordo de Navidad ni siquiera contenía aquella cifra), pero María no sabía estadística, y, de haber sido experta en la materia, habría seguido haciendo lo mismo. También hay matemáticos que compran décimos.

Se hallaba en medio de su mantra cuando entró el señor Rocassari. Corpulento, de cabeza ovoide y facciones no tanto de buena persona como de buen perro. Al principio todo fue como en las entrevistas normales. Pero, de improviso, el señor Rocassari dejó de apuntar datos, puso una mano sobre la otra y miró a María con afabilidad.

—Y dígame, ¿qué le parecería un trabajito en nuestra oficina virtual?

—No... No estoy en ÓRGANO. —*Y no quiero estar*, deseaba añadir.

—¿En serio? ¿No tiene un personaje? ¿Nunca lo ha tenido?

—Los pendientes de María, colgantes en forma de pequeñas anillas, rozaron su cara al negar con la cabeza. El hombre parecía sorprendido—. ¿Y no se lo plantea? Casi todo el mundo tiene un...

—Yo no. —Era la pregunta clásica de tantas entrevistas, pero ahora le afectaba más. *Por favor, Sofá Amarillo, que no me eche*—. El anuncio no hablaba de nada virtual.

—Era solo una pregunta. ¿Me dijo que ahora estaba trabajando en otra cosa?

—Sí... Bueno, ahora no... Hace un mes, de recepcionista en un concesionario. Tengo buenas referencias y... —Puso un tono de súplica—. Por favor, necesito trabajar...

El señor Rocassari meneó la cabeza, pesaroso.

—Una mujer de treinta y cinco años, con estudios universitarios y experiencia en empresas, desperdiciada. Le seré sincero. Estamos viviendo una época muy curiosa. Tengo cincuenta y cuatro años, y si me llegan a contar, qué digo yo, quince años atrás, lo que iba a pasar, me hubiese reído... —Volvió a mover la ovoide cabeza—. Mire, yo tengo una pequeña empresa de importaciones, esta es la única sede. En efecto, necesito una secretaria real, pero tan solo hacerle el contrato a usted me sale más caro que mantener a diez secretarias virtuales en el *land* que estoy creando en Madrid virtual. Piénselo, mujer, y si le preocupa el tema de seguridad, le diré que mis oficinas están en la zona censurada. Nadie le hará nada...

—¿Eso quiere decir que no me contrata?

—Eso quiere decir que me estoy pensando si contratar a alguien en real. Perdone la pregunta, pero ¿es que le asusta entrar en ÓRGANO? ¿Alguna mala experiencia?

Rafa: quizá él fue una mala experiencia, ¿no, Culona? ¿Y la rusa? ¿Qué fue?

—No —dijo—. Es que... no me gusta.

—Ni a mí, se lo confieso. —El señor Rocassari, que se había puesto a jugar con el bolígrafo, lo arrojó a la mesa y sonrió. De repente a María le cayó simpático—. Toda mi vida he pensado que al pan, pan, y al vino, vino. Ni virtual ni leches. Me gusta la realidad real. Pero me he convencido de que pienso así porque estoy viejo. Mis bisabuelos también creían que los coches eran irreales, nada como un buen caballo, y ya ve... Hemos salido de la crisis económica gracias a ÓRGANO, pero a cambio de sufrir una crisis de realidad. Tal como suena. No tenemos ya nada en lo que creer, y no hablo solo de ideas religiosas, eh... También idea-

les políticos y económicos. Ni fe medieval, ni Mayo del 68 ni Wall Street. No nos queda nada. ¿Vamos a sorprendernos de que la gente se vaya a ÓRGANO? Será bueno o malo, pero es lo que hay. Nos guste o no, esta es la realidad hoy, María. Piénselo. Quizá sea su solución.

Hizo un ademán, y a María le pareció que, por azar, señalaba el Sofá Amarillo.

Quizá sea su solución.

Las palabras del señor Rocassari habían dado vueltas en su cabeza a lo largo del día. Y había otra cosa: si entraba en el mundo tal vez podría averiguar si Belén tenía un personaje. No creía que fuese una embustera, pero se convenció de que lo hacía por proteger a Belén más que por su propia tranquilidad. Esa misma noche, tras ducharse y acostar a su hija, retrepada en el asiento de su escritorio, tomó la decisión.

Mientras la barra de descarga crecía en la pantalla se lo preguntaba: en el fondo, ¿qué tenía contra ÓRGANO? Después de todo, su «mala experiencia» no había sido con el mundo virtual, sino con alguien directamente involucrado en su diseño. Y lo cierto era que necesitaba un trabajo, porque la barra de su desánimo crecía al tiempo que sus gastos en aquel piso de alquiler. *90 % Descargado...* Y pronto consumiría hasta el último euro del dinero familiar mientras la barra de sus deudas crecería... *95 % Descargado...* Así que, ¿por qué no? ¿Acaso no había sido todo un cúmulo de casualidades ordenadas? El hallazgo de la diadema, la entrevista con el señor Rocassari... Aquella noche, por primera vez, su barra de esperanza creció junto a la de su miedo. *97 % Descargado...* ¿Qué podía pasarle? ¿Qué podía ocurrir? Era solo un juego. Se haría con un personaje, entraría en la zona censurada, buscaría empleo. Quizá en la empresa del señor Rocassari, o en cualquier otra. Los había a patadas, y se ganaba dinero fácil. ¿Por qué entonces esa creciente sensación, esa barra de su temor al límite? *99 % Descargado...* ¿Por qué ese presentí-

miento de horror, de pánico, de *alto, María, cancela la descarga, apaga el ordenador, pulsa...*

100 % Descargado
ÓRGANO™ SE HA DESCARGADO CORRECTAMENTE
Iniciando el mundo...

2

VARANASI INDUSTRIES

Una pirámide con una uve mayúscula central y un minúsculo Buda en el centro (parecía el ojo triangular de Dios. La primera empresa que había apostado por la idea).

YAHURA CORPORATION

Una gran Y griega como una llave inglesa en vertical (la empresa japonesa que se había unido a Varanasi para patrocinar el mundo. Logotipos bien conocidos. María bostezó: disfrutaba desde niña con las presentaciones de películas y videojuegos, a veces más divertidas que lo que venía a continuación, pero no creía que este fuera el caso).

MOUNT VALLEY TECH

Presenta

Simples letras blancas sobre fondo negro (la empresa donde trabajaba el creador del mundo, Alan Neumeister, cuyo laboratorio se hallaba en California).

Ocupen sus asientos.

ÓRGANO™

Tantas veces había visto aquella marca que casi podía dibujarla a ciegas, incluyendo los cuatro palotes a diferente altura que, al parecer, imitaban los tubos de un órgano de iglesia, o eso le habían dicho.

Súbitamente, una música disolvió las letras con majestuosa parsimonia. Era una cantinela basada en una misma tonadilla, pero tenía algo que invitaba a la calma, a la meditación. Sus notas giraban sobre un punto, como un ejercicio de piano, y a la vez eran diferentes, como los cambios sutiles de luz en un mismo paisaje a lo largo del día.

Quizá fuese la hora tardía, la tensión o aquella música, pero mientras contemplaba la pantalla oscura María se dejó llevar. Cerró los ojos y se vio a sí misma



tendida sobre una alfombra que flota en el agua,
yo bocabajo, desnuda

Acompañada de aquella melodía, una viñeta mostrando la primera imagen. Como preámbulo de un juego del que todo el mundo subrayaba el placer sexual y el morbo que a veces generaba, aquella imagen se le antojó a María como descubrir el anuncio de un centro de seminaristas en un vídeo porno.

Estás escuchando el «Preludio en do mayor» del primer libro de «El clave bien temperado» de Johann Sebastian Bach (1685-1750).

¿Sabías que el mundo virtual ÓRGANO™ se basa por entero en la música de Bach? ¡Sí, sí, es cierto! Su diseñador, el matemático Alan Neumeister (1967-2007) logró que los complejíssimos cálculos que forman la estructura de ÓRGANO™ se hiciesen más veloces convirtiéndolos en notas de la música de Bach gracias a un artilugio matemático de su invención llamado «Gestor de Conversión»...

¡Oh bueno, no seas impaciente, ya sabemos que lo que te interesa es entrar en ÓRGANO™! Pero Mr Neumeister quiso dejar aquí constancia de la profunda gratitud que siente por la obra de este gran genio del barroco. ¡Si tienes oportunidad, no dejes de visitar el Área Sebastian en Alemania virtual, un parque temático dedicado a la vida de J. S. Bach! ¡Ah, por cierto, eres el personaje n.º 6.444.232.342 que vivirá en ÓRGANO™! El mundo que vas a conocer está tan habitado como la Tierra real!

María sabía tanto como cualquiera sobre todo eso. Lo de la música de Bach, que servía de soporte al mundo; y que, cuando se suicidó, el matemático Alan Neumeister poseía una fortuna cifrada por Forbes un puesto superior a la de Bill Gates, aunque bastante inferior a la de Oswald Morpurgo, el heredero de Varanasi Industries, la empresa que había patrocinado ÓRGANO. No siguió los vínculos correspondientes en la pantalla para conocer más cosas sobre Bach y Neumeister, pero durante el lento proceso de instalación no tuvo más remedio que leer las viñetas que iban apareciendo. Se enteró así de que Bach había compuesto aquella obra, *El clave bien temperado*, para enseñar a la gente a tocar igual de bien que él. Era, al parecer, un trabajo colosal, dividido en dos tomos, que abarcaban músicas llamadas «pre-

ludios» y otras llamadas «fugas» en «todas las tonalidades». En el mundo virtual ÓRGANO, los preludios y fugas de *El clave I y II* formaban las «piezas de Lego», por decirlo así, el elemento básico a partir del cual se construían más cosas: controlaban las descargas, la renderización (*vaya palabreja*), la periodicidad, los ciclos, las sensaciones...

Bueno, muy interesante, pero se saltó texto. También el hormiguero de los Términos Legales (que los usuarios resumían explicando que la descarga era gratuita porque en los ordenadores la llamada «experiencia ÓRGANO» no se vivía al cien por cien, lo cual te hacía comprar las consolas oficiales, *buen negocio, Flanagan*) y los avisos para piratas incautos (el mundo ÓRGANO era imposible de copiar) y menores de edad.

Y llegó a lo que importaba.

TEST DE AJUSTE SENSORIAL

El programa no detecta tu diadema neural ÓRGANO™.

Por favor, si tienes una diadema neural ÓRGANO™, úsala ahora.

También puedes conectarte parcialmente a ÓRGANO™.

Pulsa aquí.

Lo de la diadema seguía sin gustarle. Mucha gente se lo tomaba como un juego mientras que otros creían a ciegas en las mil leyendas tejidas en torno a aquellos artilugios. Sin embargo, todos coincidían en que resultaba difícil conseguir un buen trabajo si solo te conectabas parcialmente. Sucedió como con esquiar: podías divertirte mucho, o romperte una pierna o matarte, pero si no usabas esquís, no esquiabas de verdad.

Cogió la que había encontrado en la mochila de Belén. Dos centímetros de ancho y apenas unos milímetros de espesor, en plástico blanco flexible, la más barata, con el logo de los palitos en cada uno de sus extremos. Las había de muchas clases, en tamaños, materiales y colores personalizados para complacer a los millones de friquis, pero no resultaban necesarias. La cara ex-

terna era lisa salvo el diminuto hoyuelo central de encendido; la interna tenía algunos parches. Por supuesto, su mínima batería no se reponía: cuando se gastaba, a reciclarla. María presionó el punto central y sintió una ligera vibración. Luego estiró ambos extremos y se la ajustó a las sienes. Casi todas se acoplaban a cualquier tipo de cráneo, como los auriculares o las gafas. Enseguida la pantalla anunció: «Diadema neural detectada. Espere mientras se carga el test». *Ahora me dará por comprar diez cajas de Heineken. O tendré convulsiones. O el personaje será quien me posea a mí. Aunque la radiación me matará antes de un tumor. Caeré inconsciente y la CIA me extraerá toda la memoria. O el Clan del Este me secuestrará en virtual y me venderán como esclava. O tendré mil orgasmos seguidos.* La mitología popular sobre aquel objeto daba para varios libros. «Todo se debe —recordaba las palabras de un supuesto experto en un programa de televisión— a que la gente no comprende cómo funciona. La ignorancia produce miedo. Así pasó con el microondas, el móvil...»

Mientras el test se cargaba, brotaron viñetas explicativas. Ella ya conocía la primera, y esa sí creía entenderla:

**Recuerda siempre la regla de oro de la realidad virtual:
LA REALIDAD ES LO QUE NUESTRO CEREBRO NOS DICE QUE ES**

Vale. Tan simple como eso. *Si mi cerebro me dice que estoy en China, pues estaré en China, claro.* El resto no lo comprendía, ni le importaba. Había hecho números en la universidad antes de dejar la carrera, pero la física no era lo suyo.

La diadema registraba tus ondas cerebrales, estimuladas por lo que veías en la pantalla, y las enviaba a la Madre de Todos los Magnetómetros, el enorme Super-SQUID en el desierto del Mojave, California, el Kraken. Ese aparatito, en el que fácilmente cabía el bloque entero de tu casa y cuya laboriosa construcción implicó excavar un túnel de quince kilómetros bajo el desier-

to, funcionaba con una materia diferente de la normal llamada «materia extraña de hiperfase» descubierta por dos físicos hacía años, cuya velocidad asombraba incluso a los que sí lo entendían (había sido la revolución en todas las comunicaciones y dotaba a ÓRGANO de un poder único). Una vez procesadas tus ondas por el *software* de ÓRGANO, este producía una respuesta que recorría el camino inverso hasta tu cerebro. Y en esa respuesta estaba lo que veías, olías... ¿No lo comprendes aún? Pues es facilísimo, como el microondas o el móvil. Además, María era de las que aprendían jugando. *Vamos allá*. El Test de Ajuste Sensorial ya estaba cargado, y comenzaba con el Olfativo (para no ponerte demasiado nervioso).

ESCOGE QUÉ OLOR QUIERES PERCIBIR:

Flor / Café / Pintura

Los eligió todos, uno tras otro, cada vez más asombrada, e inhaló claramente un jazmín, el aroma de una taza de Saimaza y el punyente picor nasal de una habitación recién pintada. Luego saboreó un caramelo de fresa, una naranja y una crema de champiñones. El no va más fue cuando *sintió* el pellizco en la pantorrilla izquierda, ay, sin tocársela, o una mano invisible le acarició el pelo y unos labios que eran solo la sensación de labios la besaron. *Serán alucinaciones pero qué flipante, Dios mío*. Repitió el beso, una, otra, otra vez. *Uuuuum*. Se imaginó por un momento lo que sería sentir... En fin, tantas cosas. No había mayor verdad que la de «prueba antes de opinar». ¿Por qué esa aversión a usar aquel objeto delicioso?

Tras escuchar (en su cabeza, no por el altavoz del portátil) un violín, un timbre de bicicleta y un líquido burbujeante, probó a hablar y oyó sus palabras como si estuviera sentada dentro de su cráneo saludándose a sí misma. Eso fue inquietante. Pero ni comparación con el Test Visual, cuyo vínculo estaba rodeado de advertencias sobre el susto que podía producirte. Eligió el Rojo

de los tres colores que le ofrecían, porque era el que más le gustaba, y de repente el mundo fue para ella exactamente eso. Plaf: un golpe de rojo. Quedó ciega en rojo, como si todo hubiese estallado.

Sintió pánico, pero siguió las instrucciones, alzó la mano derecha y sintió que «tocaba» con una mano virtual en el amplio espacio carmesí. Abrió una pestaña en la parte superior que decía «Salir a visión normal». Tras varias pruebas, incluso le divirtió. Sobre todo cuando pudo jugar con todos los sentidos a la vez: manos virtuales tocándose y dándose mutuamente la mano (o dándose a *ella*) mientras su propia voz clamaba en la inmensidad del vacío rojísimo «Hola... ¿Hola?... HOLA», oliendo a cuero nuevo y saboreando macedonia de frutas.

Estaba ansiosa por nacer.

Lo tenía muy claro desde el principio: método directo, rápido, personaje de cascarón. Pulsó la opción de trasladarse a la Zona Pre-Birth, que todo el mundo llamaba «La Casa de los Huevos». Quería ser mujer, y eligió «sexo femenino» (le hizo gracia encontrar la opción «ambos»). Fue un simple clic. Casi gritó.

Su dormitorio, su cuerpo, su vida, todo se esfumó a su alrededor.

Se hallaba en una sala en penumbra que podía ser muy grande o muy pequeña. Ella avanzaba por aquel espacio como un ojo de cámara incorpóreo. Aquí y allá, enormes huevos iluminados en el suelo, al estilo de la antigua película *Alien*. La mayoría eran transparentes y albergaban cuerpos de mujeres desnudas. Al pronto producían inquietud, pero, tras la primera impresión, María descubrió que, lejos de asquearla o asustarla, aquellos seres acurrucados como fetos le hacían sentir ternura. Comprobó que algunas habían salido ya del cascarón y aguardaban inmóviles sentadas sobre él o de pie, con el huevo no roto sino de color plata, quizá para indicar que estaba vacío. Todo tan real. Eran verdaderas personas, no figuras de dibujos animados, ni siquiera en 3D. Cuerpos de carne y hueso que respiraban, o semejaban

hacerlo. Presenció a su derecha un brote: breve musiquilla (¡otro *preludio* de *El clave I* —decía la viñeta—, en *do sostenido mayor!*) y el personaje se irguió, presionó la superficie y dio un paso hacia delante como si se despojara de un vestido. El huevo, a sus pies, aún intacto, se cubrió de plata. Se quedó mirando aquello y preguntándose cómo era posible que no le diera miedo. Cómo era posible que le pareciera tan bello.

Era como si asistiera al misterio de la vida. Recordó el día en que el médico extrajo a Belén de su propio vientre-huevo.

Y lo más estremecedor: todas las mujeres, de diferente edad y forma física, estuviesen dentro o fuera de los huevos, la miraban al pasar con una suerte de expresión anhelante. Parecían decirle: «Elígeme. Hazme nacer. Quiero ser tú».

Se engañaba, y lo sabía. Eran solo criaturas generadas por ordenador siguiendo órdenes de un *software* que usaba la música de aquel tipo de la peluca como soporte.

De hecho, su mano virtual podía abrir información sobre ellas al pulsarlas.

Descubrió así que los cuerpos dentro de los huevos eran modificables. Podías alargar o acortar sus miembros, engordarlos, ajarlos con edad. Cruzó ante una sala que decía «Sección Infantil». Pero no quería ser niña. *Como Belén... ¿Habrá entrado aquí? ¿Me estará mintiendo?* Al fin optó por desechar las que seguían en los huevos y buscó entre las que ya habían salido, las fijas, las que no podían ser modificadas.

Y la vio.

Bah, qué tópica soy. Tétazas. Cinturita. Sexy a más no poder. Pero lo que le hizo elegirla fue la mirada. Parpadeaba triste, sentada sobre el huevo de plata del que había surgido, clavando en María sus ojos negros de remota belleza. María acercó la cámara a escasos centímetros. La chica cambió de postura, ladeó el rostro. Su aliento al respirar olía como una boca humana limpia. *Joder, qué bonita es. Y tan real. Le veo hasta los poros. La nariz, algo grande. Pero mira esos labios. Anda que el pelo, largo y negro. Tiene cara de orgullosa.* Sabía que no podía serlo: estaba hecha de *bytes*,

bits o como se dijese. No tendría inteligencia hasta que María la ocupara. Pero, mirándola desde tan cerca, casi la veía decirle: «A mí no me elijas, capulla. Soy demasiado para ti. Soy fuerte, tú no». Y qué ironía, a un par de metros, una mucho más parecida a la verdadera María, bajita, corpulenta, cara ancha, gran culo, piernas cortas. «¿Ves? Esa es la que te corresponde», le decía la muchacha con los ojos.

Pues va a ser que no. Quizá haga como la mayoría, pero para eso somos mayoría... Además, tú estarás muy buena, pero tu mirada es triste. Ven a mí.

Quiero nacer en ti.

Levantó la mano en real, temblando de emoción, y de inmediato se desplegó una pestaña con opciones en el cuerpo de la muchacha. Pulsó «Nacer aquí» justo en el instante en que la chica cerraba los ojos en un parpadeo.

Cuando los abrió, María veía a través de ellos.

Dios. Dios. DIOS. DIOS.

Lo primero que pensó fue que no era posible tanta felicidad, que había estado desperdiciando los veinte años de su vida que había pasado sin entrar en ÓRGANO. Aquello era el paraíso. *Sentía* aquel cuerpo, podía moverlo, lo habitaba. Miró hacia abajo y se vio los pechos más hermosos que jamás había visto en nadie. Los acarició. Eran suyos. Se le hizo un nudo en la garganta al notar el larguísimo cabello azabache rozando su culo. Su cuerpo. El suyo.

Se amó nada más nacer. Deseó vivir así toda su vida. Tuvo miedo de morir.

Dios mío. Dios. Estaba llorando, pero solo en real: se tocó la mejilla virtual y no sintió que *ella* llorase. Se le ocurrió pensar: *Es más fuerte que yo.* ¿Qué hubiese dicho Rafa de haberla conocido así? ¿Cómo habrían sido las cosas si ella hubiese sido *así*?

Qué injusta la vida real, y qué gran felicidad tener la ocasión de enmendarla.

No sabía qué hacer primero. A su alrededor, como un árbol de Navidad lleno de regalos, viñetas y viñetas de «enhorabuena, has nacido ya» y otras de opciones.

Decidió vestirla y escogió, entre los tres gratis iniciales, un conjunto casual de cuero, camiseta de tirantes blanca, pantalones negros de malla ceñidos, botas de motorista, chupa. Se lo puso todo. ¿Por qué no había espejos por ninguna parte, joder? ¡Estaba tan nerviosa! Extendió los brazos, se los vio cubiertos por la cazadora de cuero negro. *Dios, DIOS. La tela de la camiseta me hace cosquillas. Y las mangas me dan calor. Muevo los pies dentro de las botas.* Rió de felicidad y descubrió que no se escuchaba. «Elige tu voz», le pidieron. Surgió un dial en el aire y María lo movió con su nueva mano. Tras mondarse con tonos de Pato Donald o de cuervo eligió uno seductor, algo más grave que el suyo sin dejar de ser femenino, y se mareó al decir:

—Soy yo.

Yo.

Y ella misma se oyó hablarse. *Hola. Hola. Soy yo. Y yo. ¿Quién eres?*

Necesitaba un nombre, pero no se le ocurría ninguno. La ficha de datos era breve, y tras verificar la edad con su DNI podía poner lo que quisiera. ¿Quién sería?

En la de su nombre real había escrito: «María Bernardo». Decidió escribir «Maria B» en la del nombre virtual Así, sin acento en la i.

MARIA B.

Sonaba distinto e igual al suyo, como su propio personaje, diferente e idéntica.

Maria B. Esa también soy yo.

Quería viajar con rapidez a la zona censurada de Madrid. Pero antes siguió dócilmente los consejos del mundo y aprendió cosas básicas: caminar, agacharse, gesticular... Y también salir a la realidad con rapidez, en caso necesario. Esto último consistía en

levantar los ojos de la pantalla a velocidad correcta. La segunda vez le salió bien. De súbito, su cuarto apareció sobre el borde de la pantalla y la intensidad de los mundos se invirtió. La vida de María B se volvió bidimensional, plegable, completamente falsa, tan secundaria como la suya real momentos antes, solo una imagen en el ordenador con el rincón de la Casa de los Huevos que María B contemplaba, porque la pantalla mostraba siempre lo que veía a través de los ojos de su personaje.

Ya sabía que podía salir de lo virtual, tomar aire real y volver a zambullirse.

Y a buena hora, porque en aquel momento Belén llamó a su puerta.

3

—¿Qué te pasa, cariño? ¿No puedes dormir?

—Tengo miedo.

—¿Miedo?

—Sí.

María, casi tan nerviosa como su hija, puso las manos en los pequeños hombros de esta. Había tomado la precaución, tras dejar ÓRGANO en «Pausa», de quitarse la diadema y entornar la puerta para que Belén no curioseara. Le despejó la cara y la besó.

—¿Qué soñaste?

—Que alguien entraba. En mi cuarto.

El cuarto de su hija quedaba al fondo del breve pasillo donde también se hallaba su propio dormitorio y el único baño del apartamento alquilado en la calle Mijas que con tanto esfuerzo María pagaba al jubilado cascarrabias de su casero.

María miró hacia el dormitorio de su hija: la puerta estaba abierta y había oscuridad. Belén no había encendido la luz al levantarse.

—Nadie puede entrar en tu cuarto, bonita. Mamá está aquí para protegerte.

—Por eso he dicho que era una pesadilla —recalcó la niña.

—Claro. Estás temblando, ¿tienes frío?

—Tengo miedo. También te lo dije.

—Sí, qué tonta soy.

A veces la implacable objetividad de Belén la exasperaba. Pero la ternura se imponía: sabía lo que sufría su hija con aquellos «terrores nocturnos», como los llamaba el doctor Mecenas, uno de los pocos psicólogos que atendían solo en real y que había estado viendo a Belén hasta que María no tuvo más dinero para pagarle.

—Vamos, ¿dónde está la chica valiente? Era un sueño, tan solo. Ven.

Una oleada de amor la invadió mientras la acompañaba por el pasillo. Pocas veces la había visto tan asustada. Sin gritos, sin aspavientos, por supuesto: típico de Belén. A diferencia de ella, Belén se mostraba más pasiva cuanto más nerviosa se encontraba.

Entró en el cuarto y encendió la luz de la mesilla de noche, que reveló el orden habitual salvo en la cama, donde las sábanas se aglomeraban. Madre e hija se miraron cuando esta última se acostó. Su hija era mucho más pulcra, y a veces hasta más sensata que ella. Algo la molestaba: esa semejanza con el padre, en la cara, en ciertos gestos.

—Ahora vas a dormir bien toda la noche, mamá te lo promete.

—Te estabas riendo —dijo Belén cuando ella se inclinó para besarla.

—¿Cómo?

—Riendo, en tu cuarto. Te oí cuando me desperté. Te reías tanto que me asustó.

—Chateaba con amigos... No lo haré más. —En realidad, María estaba deseando volver a ponerse la diadema. Aunque había sido María B tan solo durante unos minutos, ya la echaba de menos.

Apagó la luz, pero los ojos grandes y parpadeantes siguieron apuntándola desde la cama como focos de interrogatorio.

—¿Estabas jugando a *eso*, mamá?

—Ya te dije lo que estaba haciendo. Ahora, a dormir.

—Mamá: yo no he jugado a *eso*. Te lo juro.

—Lo sé, me lo dijiste, cielo, te creo.

—Gema, Nadia y Julián sí que juegan. —Un bostezo—.

Pero yo *nunca*.

—Hacen muy mal y tú haces bien. —La besó en la frente—. Solo tienes once años.

—Casi doce.

—Sí, el mes que viene. Tendremos que comprar una tarta.

—*Y habrá regalos, si es que hay dinero para comprarlos*. Si es que conseguía un maldito trabajo. Si es que Belén la dejaba conseguirlo. Cuántas ganas de volver a ser María B, Dios mío.

—Ya sabes quién era el hombre que vi en el sueño, ¿verdad, mamá? —Un hilo de voz, como si Belén fuese una tortuga y hablara con la cabeza dentro del caparazón—. Era papá. —Por un instante María fue una escultura bajo su albornoz. Ni siquiera respiró. No movió un músculo—. Me llevaba a un sitio muy raro y oscuro... Se oían ruidos como de máquinas... Yo quería irme, pero no me dejaba...

Calló, como si el resto fuese demasiado horrible para contarlo.

No era la primera vez que la niña agitaba frente a ella aquel muñeco espantoso. Ya sabía que era inútil preguntarle cómo lo había reconocido si no lo había visto nunca. El doctor Mecenás le había explicado que «todos los niños se forman una imagen del padre ausente, tanto más sobrenatural cuantos menos datos poseen, por eso hace mal en no hablarle de él a Belén, ya que su hija lo convertirá en un monstruo». *Es que lo era. O a lo mejor no. Ni siquiera su amiga rusa lo era.*

No había querido hablar de ese tema con el psicólogo: ya había hablado de Rafa y de ella demasiadas veces, ante demasiados especialistas. Ahora tan solo deseaba proteger a Belén de aquel pasado. La hubiese envuelto en celofán o encerrado en cristal, doctor Mecenás. No digamos prohibirle que entrase en ÓRGANO, el mundo del vicio y la perversión, la humanidad libre y salvaje agitándose en cada pantalla íntima. No digamos.

Y sin embargo, qué ganas de marcharse y volver a ser María B. La tapó con la sábana deseando que fuese un cofre de algodón, pero la vocecilla siguió saliendo, trémula, de aquella gasa.

—Papá quería hacerme daño. Me miró y se rió. Y luego desperté y te oí reír...

—Belén, papá murió, lo sabes. No va a volver. Ya hemos hablado de eso... Y podemos seguir hablando, pero no hoy. ¿Vale? Ahora cierra los ojos. Ya verás como sueñas cosas felices...

—Pero papá era malo, ¿verdad?

María se quedó mirando los ojos de su hija como si se asomara a un pozo.

—No —dijo—. A veces nos hacemos daño y no somos malos.

—Sin querer, te refieres.

—Sí, pero no es momento de explicártelo ahora. A dormir, cielo. Nadie te va a hacer daño, nunca.

—Ni a ti. Porque si te lo hacen a ti, me lo hacen a mí...

María la abrazó con fuerza sintiendo que aquello que abrazaba, aquello que albergaba en su regazo, era lo único que poseía en aquella vida.

Al menos en aquella vida.

—Ni a mí, cielo. Nadie nos va a hacer daño nunca. Te lo juro.

Desde luego, Rafa Helguera no se lo haría. Rafa Helguera estaba muerto. Era solo un fantasma de barba negra y gorra de lana con una cámara fotográfica hechizando su memoria y los sueños de su hija. No iba a secuestrar a Belén y llevarla a lugares con ruidos «como de máquina». Lo único que había podido era mantener a María bloqueada e inactiva durante años con el recuerdo de su maltrato y sus humillaciones.

Pero ahora eso también se había acabado.

Dio un último beso a Belén, cuyos ojos volvían a perder el pulso con el sueño, y regresó en silencio a su dormitorio y a su portátil con ÓRGANO en «Pausa».

Cogió la diadema. Se sentía feliz, animada. Obtendría un empleo y volverían a estar bien. A Sonia, su amiga del concesionario, le había ido estupendamente de secretaria virtual. Y Ahmed, el

portero de su bloque, tenía tres trabajos virtuales y pensaba ya en mudarse de edificio. La gente contaba muy buenas experiencias de ÓRGANO, ella no sería una excepción. ¿Por qué iba a serlo?

Y cómo le temblaban los dedos al ponerse la diadema... Qué ganas de ser Maria B... Quitó la «Pausa» sonriendo.

Daban la «1:06» en el reloj de su pantalla, una y seis de la madrugada del miércoles, el Primer Día Más Importante de Todos en la historia de la humanidad, aunque María no pudiese imaginarlo en aquel momento.

El Primer Día de los Cuatro que lo cambiaron Todo.

Debido, entre otras cosas, a María.

20 de febrero de 1695

Sebastian

La familia está reunida en torno al clavecín interpretando el *canon en re* de Pachelbel. Además del clave hay tres violines y un violonchelo. Otros esperan turno para sustituir a los que tocan: son muchos, no existe escasez de músicos.

Habitualmente el pequeño Sebastian interpreta en la mitad del teclado junto a Padre o Primo Christoph, pero en esta ocasión lo hace con su hermano mayor, ya que Padre está enfermo y acostado en el dormitorio de arriba y Primo Christoph le cuida. Las piernecitas de Sebastian se mueven en el aire siguiendo el compás, aún demasiado cortas para alcanzar los pedales del clave.

La atmósfera es melancólica, austera, llena de amor barroco por la música, pelucas y muebles polvorientos. De modo que la criada que baja la escalera, el semblante más blanco que la cofia, los ojos grandes y enrojecidos, introduce un cambio perturbador. La música se detiene en un silencio mortal.

—¡El... señor...! —gime la mujer. Se echa a llorar.

Detrás de ella, con pasos lentos, la alta, oscura silueta de Primo Christoph tiembla reprimiendo los sollozos. Se controla a duras penas.

Estalla un modesto alboroto. Todos los que están sentados se levantan casi a la vez, las partituras caen como en un otoño fulgurante, los instrumentos son abandonados con el mínimo cuidado necesario para no dañarlos, como si los intérpretes re-

cordaran de repente que violines y personas son igual de frágiles. Lo que antes era música ahora son lamentos, botines y zuecos aporreando la escalera. «¡Ambrosius!», se oye desde lo alto.

El comedor queda casi vacío. Solo Primo Christoph y Sebastian siguen en él.

El niño, de nueve años, mira como aturdido. Apenas han pasado dos semanas desde que Padre se casara con aquella otra mujer, tras la muerte de Madre. Cierto que Padre había enfermado, pero no es posible que ahora, también él...

—Sebastian, hijo, ven.

Primo Christoph tiende la mano, acaricia la barbilla de Sebastian y le sonrío. En realidad es el primo de su padre, pero en casa todos lo llaman así, «Primo Christoph». Un gran músico que ha enseñado al niño los teclados y mostrado el poder del órgano, el instrumento de Dios. Los dedos de sus manos son firmes. Sebastian lo mira como si el hombre se hallara a una altura inmensa bajo el sol.

—Tu padre ya no está, Sebastian. Sé que esto es muy duro para ti. Luego podremos hablar y me harás las preguntas que quieras. Pero ahora no hay tiempo. ¿Recuerdas lo que te dije sobre el Secreto? —El niño asiente, trémulo—. ¿Que te lo contaría cuando se dieran ciertas circunstancias? Pues bien, el momento ha llegado. Tu padre ha legado en mí esa responsabilidad. Así que voy a decírtelo ahora, antes de que los demás bajen. Te costará trabajo creerme, Sebastian, lo sé, porque lo que voy a contarte es... —se detuvo eligiendo las palabras—... es lo más extraño que nadie ha dicho a nadie jamás. Pero debes saberlo, incluso aunque no me creas, pues mañana faltaré también yo y no quiero que lo conozcas por otros labios. Escucha con atención, Sebastian. Esto será lo más importante de tu vida...

El niño tiembla, pero Primo Christoph solo le ha pedido que escuche y él sabe hacer eso y le gusta. No solo las voces: el murmullo de la lluvia y la nieve, los balidos de las ovejas, las campanas de las iglesias, la vida en su ciudad turingia de Eisenach. En ocasiones cree que las teclas del clavecín o el majestuoso fuelle

del órgano o las virginales cuerdas de la violas no se diferencian mucho de los sonidos naturales.

Al niño le gusta escuchar.

Primo Christoph coloca la mano derecha, abierta y firme, sobre la cabecita de Sebastian, como si esta fuera un teclado de uno de esos órganos poderosos y él se dispusiera a tocar un acorde *pleno*.

Entonces habla.

Quizá es esa mano apoyada en su cabeza, o la trascendencia del momento apenas intuida por el niño, o las palabras de Primo Christoph: lo cierto es que Sebastian se inclina, sus rodillas se doblan. Un ángel gordezuelo, nervioso, arrodillado a los pies del Señor. O quizá —un recuerdo aún más blasfemo de la escena que le perseguirá toda su vida— una nueva Anunciación, él como la solitaria, tímida, asustadiza virgen.

1:07 h

María

Una vez de regreso a Maria B, María buscó cómo salir de la Casa de los Huevos e ir a Madrid. Con la manita virtual abrió la opción de «Trasladarme al sitio real en que me encuentro». La pulsó, e instantáneamente notó un golpe de viento frío y dardos de lluvia y cabellos contra su rostro.

Usó la mano de Maria B, se apartó el pelo, miró a su alrededor.
—Oh —gimió incrédula con aquella voz nueva.

Estaba en una calle. Lloviznaba. Farolas, comercios, una ventana iluminada, aceras húmedas reflejando siluetas, transeúntes y coches, sombras orladas de luces urbanas. Olía a tubos de escape. Oía voces. Sentía cierto frío.

Reconoció el lugar. Era su calle. Se hallaba de pie junto a su portal —una réplica perfecta de su portal real—, el número cuatro de Mijas, barriada Puerto Edén, zona norte de Madrid. El lugar real donde se encontraba.

Lo había leído, se lo habían dicho, había visto ejemplos en pantallas.

Nada comparado con *vivirlo*.

—Oh, por Dios —murmuró. Un vaho increíblemente realista trasladó las palabras por el aire convertidas en neblina.

Al alzar la vista vio luz en la ventana de su propio cuarto. ¿Quizá otro personaje lo ocupaba en virtual? La frustró un poco que en su casa viviesen otras personas, por virtuales que fueran, aunque quizá se trataba de la familia de su casero.

Se preguntaba hasta qué punto aquel mundo era un espejo del suyo.

La réplica del supermercado Mijas estaba en el sitio del original, al lado del portal, y en su escaparate oscuro, que ostentaba ofertas de embutidos (¿cómo sabría el salchichón virtual?), contempló su cuerpo reflejado a la luz circular de las farolas. Se encontró *superbuena*. La chupa destellaba como látex. El pelo, que empezaba a estar húmedo por la lluvia, se pegaba a su frente. El decorado de la ciudad le confería un realismo abrumador. Se movió, adoptó posturas. Una pareja que pasaba le sonrió, ella intentó sonreír. No supo si le había salido bien. Contempló un coche, un vulgar Ford blanco, como si fuese una carroza en algún desfile de carnaval. No vio a los ocupantes tras el furioso abanico de los limpiaparabrisas, pero se acercó tanto al bordillo que los neumáticos la salpicaron y la humedad caló la fibra de sus pantalones. Nunca había sido más feliz de sentir las perneras empapadas. En cambio, un hombre que esperaba para cruzar, hizo un gesto y soltó un «me cago en...» que la hizo reír.

Cinco minutos de paseo, y comprendió más cosas.

Por ejemplo, la réplica de su calle era *casi* exacta, pero no del todo. Algunos comercios eran distintos, así como anuncios luminosos (por no mencionar que estaba segura de que en real no llovía). En virtual había más tiendas, y muchas de ellas (pese a que la hora era la misma que en real, ya tardía) estaban abiertas: boutiques, una peluquería, una joyería de escaparates forrados en oro, una Caja de Ahorros, un local de la UGT. Los carteles luminosos en segundos y terceros pisos anunciaban más negocios, alrededor sobre todo de dos palabras: «Seguridad» y «Vigilancia».

No dejó de notar el increíble contraste. Mientras que su calle real (y todo Madrid) estaba desierta, con escaparates mostrando el cartel de «Se Traspasa», en la calle Mijas virtual bullía la vida y florecían las posibilidades: «Se necesitan camareros», «Secretarías, pago bien», «Vigilantes», «Peluquero con experiencia»... Y eso eran solo las tiendas por las que pasaba. No se fijaba en todo, no podía: estrenaba cuerpo nuevo y bastante tenía con concentrarse

en moverlo por la acera y vivir la esquizofrenia de la lluvia cayendo sobre un pelo y un rostro que en real se hallaban secos. Los temores y prejuicios que había albergado a lo largo de aquellos años se derrumbaban a cada paso. *Una estatua tendrían que haberle hecho al matemático ese.* El creador de aquella cosa increíble merecía todos los premios del mundo. Y otra estatua a los que descubrieron la materia extraña. ¡Qué impresionante realismo! ¡Y eso que apenas había nacido!

Se detuvo en el sitio en que tendría que estar el café donde a veces desayunaba en real. Había sido sustituido por un restaurante chino, y, a juzgar por las figuras tras el cristal esmerilado, estaba lleno. Sabía que los restaurantes de ÓRGANO eran muy visitados: no te alimentabas en real, pero probabas cosas exquisitas. Y con la moda «reavir» —acrónimo de «real y virtual»— podías engullir una pastillita que contenía alimentos básicos mientras en virtual, por ejemplo, te parecía degustar el mejor asado del mundo.

Allí de pie, como una pordiosera bajo la lluvia, las manos en los bolsillos de su cazadora, atisbando las sombras de la clientela por los cristales, María sintió una oleada de júbilo. Iba a reírse de nuevo cuando de pronto recordó que (por increíble que pareciera) no se hallaba al aire libre, y que a setenta centímetros de distancia estaba el tabique de separación con el cuarto de su hija. Se contuvo y reanudó la marcha. Llegó a la plaza en la que desembocaba Mijas y la cruzó balanceando las caderas de forma sexy, la melena negra como una capa sostenida por doncellas. La calle siguiente era Sangüesa. Decidió que cogería el metro para ir a la oficina de Rocassari. Lo mismo estaba abierta y conseguía el trabajo ya. O, al menos, disfrutaría del paseo. Sería divertido saber si la parada de metro real de Sangüesa existía también allí.

María sabía que en el mundo virtual los transportes eran tan necesarios como en el real, salvo que tuvieses «poderes» especiales, como los jugadores llamados «musimáticos» o «musimas», que podían usar la música de Bach del sistema para lograr milagros como teletransportarse o volar. Pero era muy difícil ser musima, según tenía entendido.

Hizo nuevos descubrimientos: si apuntaba con la mano de Maria B hacia un transeúnte y la movía un poco obtenía los datos públicos del jugador. Una chica espigada era Lyonessa (virtual) y Estefanía (real). Un cachas en camiseta y vaqueros que parecía salido de *Rambo* y se quedó mirando los vaivenes de su culo cuando ella pasaba, no se llamaba, por suerte para él, X308 (*madre mía, qué nombre*) sino Adolf (*aunque no gana mucho con el cambio, la verdad*).

Decidió que hablaría con la siguiente persona que encontrara. Pero lo que encontró fue algo muy distinto.

Se movía, solitario, en una bocacalle de Sangüesa bloqueada por un extraño muro negro. María, fascinada, cruzó la avenida para verlo de cerca.

Carecía de collar, era barrigudo y blancuzco. María sabía que era posible tener personajes animales en ÓRGANO, pero el chuchito aquel carecía de datos, así que supuso que era un producto del mundo, lo que se llamaba un BOT, un personaje creado y manipulado por el propio sistema para dar ambiente, u otras funciones (probablemente creado por *Mirror Body*, el proyecto para replicar toda la vida real).

Maria B y el perro se midieron a prudente distancia. El animal movió el rabo, corto y desgarbado. *¿Me morderá?*, titubeó ella. Probó a agacharse y tender la mano.

Un viaje breve y eterno, el guante del astronauta hacia la garra del alienígena.

Y por fin, el contacto.

La primera criatura virtual que tocaba. María no necesitó nada más —si algo más necesitaba— para enamorarse perdida-mente de ÓRGANO. *Júrame que esto no es real, júrame que no te estoy tocando, Perrito Bueno, que no siento tu pelaje, tu cuerpo tibio, los jadeos, el latido de tu corazoncito*. El perro la olisqueó mientras se dejaba acariciar y alzó hacia ella ojos como botones negros y lustrosos, al tiempo que movía el rabo. Un vaho fantasmal teñía de humedad todo su morro. *Perrito Bueno, qué alegría conocerte. Me traerás suerte, seguro*. Se rió al recordar que al pronto había

creído que el BOT podía morderla. Y quizá podía, pero no allí. *Esto es la zona censurada. No puede hacerme daño.* Y al pensar eso sospechó qué era el muro negro que se alzaba ante ella.

—Vamos a ver, perrito —dijo en voz alta, se levantó y se acercó al muro. A la distancia a la que podía tocarlo apareció una viñeta con letras rojas sobre el fondo negro.

ATENCIÓN

**Estás a punto de abandonar la zona censurada de Madrid.
El sistema ha detectado que tu personaje acaba de nacer
hoy y no está preparado todavía para pasar a la zona libre.
Te advertimos que, en la zona libre, tu personaje
puede sufrir daños, enfermar y morir.
Si deseas seguir, lo haces bajo tu responsabilidad.**

María se quedó allí parada, ante la absoluta negrura. Tenía muchas ganas de conocer la zona libre, el verdadero mundo ÓRGANO.

Pero sentía miedo.

Sabía que aquello no repercutía tanto en real (que un personaje «muriera» no pasaba de ser, para muchos, un evento triste sin importancia), pero aun así, no era agradable. El cartel se lo advertía. Y por Dios que ella tomaba en cuenta las advertencias. Había sobrevivido gracias a eso. El olor a alcohol de su padre, cierta forma de mirar de Rafa, los morritos de la rusa cuando iba a abofetearla.

Pero su padre ya no bebía (era una momia de cerebro vendado por el alzhéimer), Rafa estaba muerto y la rusa, seguramente, prostituyéndose en un burdel de Siberia. Sin embargo, ella seguía haciendo caso a signos y señales, avisos, carteles, direcciones. Le gustaba ser pastoreada, como a casi todo el mundo.

Perrito Bueno rondaba sus botas. María lo miró y sonrió. Entonces dio media vuelta y continuó su camino. No, no iba a arriesgarse. Quizá luego. Quizá otro día.

Siguió bajando por Sangüesa junto al perro. Había dejado de llover y las mangas de su cazadora brillaban de gotitas como la piel de un lagarto. Las admiró con sonrisa de joyera bajo una farola y recobró el buen humor.

Entonces vio la iglesia.

Hacía esquina con otra calle conocida, pero María no recordaba ningún templo real en aquel lugar. Era blanca, sencilla, con escalinatas que daban a una entrada abierta e iluminada y un campanario piramidal recortado en el cielo.

Mientras se detenía a contemplarla observó que Perrito Bueno se alejaba por la calle, el rabo ondeando. A ratos el animal BOT hacía una pausa y volvía la cabeza como confiando en que ella lo siguiera. Parecía decirle: «Deja de mirar esa iglesia y sigamos juntos. No entres ahí. No lo hagas». Los peatones lo esquivaban sonriendo y continuaban su andadura. María incluso distinguió al fondo la marquesina de la parada de metro que buscaba. Como si Perrito Bueno la instase a ir hacia allí.

Pero iba despacio, podría darle alcance cuando quisiera. Ella tan solo deseaba ver la iglesia por dentro. A fin de cuentas, estaba en la zona segura y aquello era una iglesia. No había nada que temer.

O eso suponía.

Hizo subir los escalones a María B con lentitud de novata, una bota, la otra. En el reloj de la pantalla: 1:22 h. Demasiado tarde para eludir el destino.

En la pared junto a la entrada de la iglesia había carteles animando a acudir a la manifestación de protesta mundial del jueves. María no se entretuvo y se asomó por la puerta. Un ambiente silencioso y pulcro. Filas de bancos simétricos, nichos, candelabros, un altar y una gran cruz al fondo. Y olía a flores. Su origen no podía resultar más evidente: una lenta, persistente lluvia de rosas rojas caía al altar desde el cielorraso, del que también se derramaba un suave resplandor.

Era un espectáculo fascinante, místico: las flores descendían con oscilaciones que semejaban seguir cierto ritmo, aunque no

se oía nada. Al aglomerarse sobre el altar formaban un montículo rojo en fuerte contraste con la blancura del mármol.

María B se acercó por el pasillo, intrigada.

En el montículo había algo más.

Se trataba de una figura humana. Estaba tendida boca arriba sobre el altar. Una muchacha, casi una niña. Las rosas rodeaban su cuerpo menudo. Estaba desnuda. Sin embargo, no resultaba inquietante ni obscena. Parecía dormida. Su cara no se veía bien desde aquella distancia.

María avanzó más, y quedó rígida.

Era Belén.